

LUISA MURARO

Enseñar la libertad. ¹

Premisa sobre la elección de este tema para este encuentro

En este momento histórico, en las sociedades ricas del mundo occidental, las mujeres conocen una especie de promoción social sin libertad. Sucede, en consecuencia, que la creciente presencia de mujeres en la vida pública se traduce en un menos de libertad. El propio feminismo se convierte en un factor de homologación en vez que de libertad.

Mi respuesta es que reflexionemos en torno a la experiencia de libertad hecha con el feminismo, una experiencia que no tiene parangón en la cultura política y filosófica. Y, después, que nos preguntemos si esta libertad la podemos enseñar. Me refiero a la escuela y a la universidad, aunque no solo.

Enseñar la libertad

Enseñar la libertad, si estas palabras indican algo posible y practicable, quiere decir *hacer de manera que el enseñar sea una experiencia de libertad.*

He dado una traducción más que una definición. Una traducción hacia falta porque, en las lenguas que hablamos (indoeuropeas), el

significado no depende tanto de la proximidad de las palabras como de su posición. En nuestro caso, la libertad se halla en la posición del sustantivo objeto de una actividad, el enseñar, desarrollada por un determinado sujeto, el o la enseñante, pero la libertad no es un objeto de enseñanza. Si digo que yo os enseñaré la libertad, la frase es gramaticalmente correcta y tiene un significado claro, pero sentimos que esconde (es decir, muestra) un peligro de ilusión o de arrogancia. La libertad, para ser enseñada, requiere que ella sea la *enseñante*, es decir, que marque de sí la llamada enseñanza.

Pero reconozco que mi traducción es muy fuerte, porque introduce una palabra, *experiencia*, que desafía cualquier definición y, encima, la combina con libertad, creando un sintagma –experiencia de libertad- que no es eludible y que hace un corte neto en todo el tema. Pero si estamos de acuerdo con la condición que acabo de enunciar –es necesario que sea ella, la libertad, la que *en-seña*, que hace el signo-, nos damos cuenta de que este corte neto nos hace estar en la condición dicha. Mi traducción (“enseñar la libertad quiere decir *hacer de manera que el enseñar sea una experiencia de libertad*”) responde a la exigencia que nos parecía justa para evitar el engaño y la arrogancia de los discursos sobre la libertad: la exigencia de que la libertad nos señale, nos someta a su signo, si la hay, si no, no la hay, por más palabras bellas que digamos, bellas y vacías. Esto se aplica en primer lugar a mí y a nosotras y vosotros aquí.

En resumen, no hay libertad sin experiencia y la libertad de la que puedo hablar (que puedo enseñar) es aquella de la que hay experiencia hablando (enseñando).

Ahora querría ver qué signo es el que hace la experiencia de la libertad.

Un filósofo que tiene el valor de haber hecho un tema de la experiencia de la libertad, ha escrito que “La experiencia de la libertad es la experiencia del hecho de que la libertad es la experiencia”, y ha

llegado a afirmar que "Todo lo que hace falta pensar de la libertad es esta afirmación de la propia experiencia".² La sencillez de esta fórmula es fascinante. Pero esconde (muestra) una simplificación, que se puede resumir diciendo, un poco crudamente, que, en realidad, no existe nada que podamos llamar "afirmación de la propia experiencia", a menos que se haya silenciado lo im-propio que había en la experiencia que se vive, lo no-mío que había en la experiencia que llamo mía, y que ya no la volvía opaca al centelleo de la libertad. Quiero decir que la libertad no tiene nada que ver con la eventual desaparición de lo no-mío que formaba parte integrante de mi experiencia, desaparición que se consigue de muchas maneras: suprimiendo, asimilando, superando, purificando, idealizando... Estas no son operaciones de la libertad sino de la lógica de la identidad.

Y lo que ha sido sostenido, que el símbolo es la muerte de la cosa,³ parece dictado por una experiencia que, al significarse, suprime lo otro y ocupa su lugar, en una afirmación de sí que refleja el privilegio de la metáfora sobre la metonimia en la producción de significado.

Hay una experiencia de la libertad (a no ser que sea esta la libertad que consiste en su experiencia...) que se refuerza con el sentido de una falta de coincidencia, casi podríamos hablar de un distanciamiento creciente, una experiencia que puede sentirse (en el o la que la tiene) inadecuada frente a toda interpretación posible, por un fallo que, cesando los esfuerzos para llegar a ser adecuada, para hacerse comprender (en el sentido pleno de la palabra), se convierte en el lugar de una toma de conciencia de sí en la diferencia (en la no coincidencia entre sí y sí).

El signo de la libertad —o sea, la libertad misma, en tanto que hace signo (significa), en tanto que actúa simbólicamente— se reconoce en el sentido (sentido libre) que toma lo impropio y lo no mío que formaban parte de mi experiencia. Se reconoce, por decirlo con simplicidad, en el poder decir que yo soy también distinta de la que soy, y que vivo también en mi morir, por ejemplo (que es más que un

ejemplo), y que sin lo otro de mí, sin las otras y los otros, yo no soy yo. La libertad se presenta entonces como la posibilidad de lo otro (es inútil decir que la libertad tiene muchos nombres) y como la posibilidad de los otros junto a mí, en relación a mí, en relación conmigo.

“La experiencia es una historia del sujeto”, ha escrito la historiadora feminista Joan W. Scott hacia el final de un artículo sobre la encrucijada experiencia, lenguaje y explicación histórica.⁴ Con esas palabras, resume su razonamiento según el cual no se puede separar la experiencia del lenguaje. Los sujetos –escribe– se constituyen discursivamente y la experiencia es un hecho lingüístico (no sucede fuera de los significados establecidos) pero, gracias al lenguaje que es relacional, *no queda cerrada* en un orden simbólico fijo.⁵

¿Qué hay de nuevo con respecto a la posición del filósofo que hace coincidir la libertad, en lo esencial (“todo lo que hay que pensar”), con la afirmación de la propia experiencia? Que aquí la libertad se configura más como un pasaje que como un inicio, más como posibilidad que como afirmación, más como una práctica que como una teoría (una visión) y que, para pensar la libertad, hay que pensar también la no libertad; no en una relación dialéctica sino como parte integrante de la experiencia que es historia, de la libertad que es apertura a lo otro.

Al pensamiento de la libertad como posibilidad de lo otro y de los otros, hemos llegado, mujeres y hombres (o no hemos llegado: se trata de una posibilidad) con el feminismo y, más concretamente, con las prácticas del feminismo: la de la relación y la del partir de sí.

La tradición filosófica y política conoce la condición de quien vive una experiencia que, para saberse, para afirmarse, se le escapa a quien la vive, en tanto que es significada con palabras que no la dicen sino que la interpretan, le dan un significado en el que la o el que vive la experiencia se ve pero como visto desde fuera de sí,

desde un punto de vista no suyo. En la tradición que admite la posibilidad de salir de esta alienación (que admite la libertad), la salida de esta alienación se obtiene con un proceso de reapropiación de la experiencia y de afirmación de sí (que no es necesariamente un yo, puede ser un nosotros o una entidad impersonal) como único punto de vista válido de la propia experiencia. Lo cual no se puede conseguir –lo repito- sin asimilar o expulsar el no-yo, lo no-propio, lo otro que también estaba en la experiencia (si no, no se podría vivir ni pensar en un estado de sometimiento). Y, por tanto, con el resultado de dar existencia a un sujeto libre idealizado.

En el feminismo tuvimos una experiencia distinta de la libertad. Las prácticas del feminismo nacen interrogando la experiencia que estaba muda. No la suprimen sino que la escuchan, en el sentido de que hacen silencio, hacen vacío. No la sustituyen con la afirmación sino que la inscriben, con su mudez, en el discurso, de manera que se detenga el movimiento de la lógica de la identidad y se vuelva o pueda volverse significativa la falta de coincidencia entre sí y sí: el hueco por el que pasa la posibilidad de lo otro y la relación con los otros, como una posibilidad de libertad para mí.

Este discurrir le resultará oscuro a quien –mujer u hombre- se hizo feminista en contacto con el feminismo que no piensa el sentido libre de la diferencia. Este feminismo no se distingue de un movimiento de liberación cualquiera: es un movimiento de liberación entre otros muchos y busca la conquista de la identidad suprimiendo la experiencia de la sujeción. Pone la experiencia de sujeción del lado de la voluntad de dominio del dominador y de la complicidad, voluntaria o involuntaria, de la víctima, y la trata como algo que es necesario superar. De este modo, el sujeto se ve invalidado en su experiencia y en la posibilidad de ser libre: puede ser liberado, si acaso puede liberarse, pero no ser libre. Pensemos en el lenguaje de las campañas feministas contra la violencia sexual: esta es presentada como algo a eliminar, a erradicar; no se tiene en cuenta que, para quien la padece, la violencia sexual se convierte en parte de su historia.

Con el movimiento de liberación ocurre, pues, que el yo (o el nosotros o nosotras) se pone en el lugar de lo otro. En cambio, con las prácticas del feminismo, ocurre que lo otro abre una brecha en el yo. No se vuelve yo ni mío, sino algo (o alguien) que encuentra sitio en mi discurrir, quizá incluso un sitio que queda vacío, y con el que tengo una relación de intercambio. Dicho sucintamente: lo otro, que antes definía negativamente mi identidad, ahora la in-define, la abre indefinidamente.

La experiencia del sometimiento se convierte así en fuente de un saber especial: el saber que existe lo otro. Es un saber sin contenidos y, sin embargo, es un saber que ilumina la realidad, no menos que la teoría de la relatividad la realidad física, porque la desaprisiona de los falsos absolutismos y de los discursos dominantes, y la muestra en su inagotable posibilidad de hacerse y deshacerse. ¿Hay algo mejor que enseñar?

14 septiembre 2002

notas:

1. Este texto es una versión completamente nueva de un tema que, con el mismo título, traté en la revista *Madrigale 2* (abril-junio 1989) págs. 21-25 y debatí en el congreso "Das Ende des Patriarchats" del 14-16 junio 2002, en la Evangelische Akademie Arnoldshain. Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

2. Jean-Luc Nancy, *L'esperienza della libertà*, prólogo de Roberto Esposito, trad. de Davide Tarizzo, Turín, Einaudi, 2000, p. 90, (orig. *L'expérience de la liberté*, París, Galilée, 1988).

3. Jacques Lacan, *Scritti*, I, p. 313.

4. Joan W. Scott, *La experiencia como prueba*, trad. de Eva Espasa, en Neus Carbonell y Meri Torras, eds., *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros,

1999, 77-112; p. 107; [orig. *The Evidence of Experience*, "Critical Enquiry" 17 (1991) 773-797].

5. *Ibid.*, 107-108, mi subrayado; en honor a la precisión, J.W. Scott habla de "discurso" y dice que es "colectivo".